Domingo, 9 octubre 2022
El Evangelio del Domingo 28−C

Lc 17,11-19
Uno de ellos se volvió glorificando a Dios y dando gracias

En la lectura continuada del Evangelio de Lucas, de nuevo el evangelista nos ofrece un episodio de la vida pública de Jesús que sólo él conoce. Es libre, por tanto, de concentrar los temas en que él más insiste, a saber, el camino de Jesús a Jerusalén que cubre diez capítulos de su Evangelio, la misericordia, la glorificación de Dios por parte del ser humano, la acción de gracias y el ejemplo de un samaritano.

«De camino a Jerusalén, Jesús pasaba por los confines entre Samaría y Galilea». Este itinerario nos informa que el viaje de Galilea a Jerusalén lo hizo Jesús atravesando Samaría. Ya hemos visto que, cuando emprendió el camino, en un pueblo de samaritanos no lo recibieron (cf. Lc 9,52-56). En todo caso, para ser coherente con la geografía de la Palestina, Lucas debió haber dicho: «por los confines entre Galilea y Samaría», es decir, saliendo de Galilea y entrando en Samaría. Esta ubicación está anunciando la configuración étnica del grupo de diez leprosos que saldrán al encuentro de Jesús. En efecto, ese grupo está compuesto por judíos de Galilea y samaritanos (al menos, uno). La común desgracia −la lepra− es una fuerza de unidad que supera las hostilidades que separaban a esos dos pueblos.

«Salieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a distancia y, levantando la voz, dijeron: "¡Jesús, Maestro, ten misericordia (eleyson) de nosotros!"». Deben gritar desde la distancia, porque los leprosos en Israel debían estar alejados del contacto con los demás. Por eso, se unían entre ellos para formar una nueva familia en la desgracia. Apelan a la misericordia de Jesús. Pero ¿qué esperan que Él les haga? Más adelante, al ciego de Jericó, que le gritaba lo mismo: «Ten misericordia (eleyson) de mí», Jesús lo hizo llamar y, «cuando se hubo acercado, le preguntó: "¿Qué quieres que te haga?"» y él respondió: «¡Señor, que vea!» (cf. Lc 18,41). En el caso de los diez leprosos es imposible que ellos se acerquen, porque, según la Ley, eran considerados impuros: «El afectado por la lepra... irá gritando: "¡Impuro, impuro!" … Fuera del campamento tendrá su morada» (cf. Lev 13,45-46). Pero Jesús les va a conceder lo que ellos no se atreven a pedir; les va a conceder su purificación, es decir, el estado que les permita volver a la vida social y, sobre todo, al culto. Jesús los ve

ya libres de la lepra y, por eso, les dice: «Vayan y presentense a los sacerdotes». Ellos debían certificar su estado de pureza y decretar su reinserción en la sociedad y el culto.

Decíamos que la misericordia es uno de los temas preferidos de Lucas y es el atributo que él más destaca en Dios. Lo pone dos veces en boca de la Virgen María cuando visita a su pariente Isabel: «Su misericordia de generación en generación para quienes lo temen… acogió a Israel, su siervo, acordandose de la misericordia» (Lc 1,50.54); lo pone en boca de Zacarías, cuando recobra el habla, después del nacimiento de su hijo, Juan (este nombre significa precisamente «Dios ha tenido misericordia»): «Hizo misericordia a nuestros padres recordando su santa alianza… dar a su pueblo la salvación por el perdón de sus pecados, por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de lo alto» (Lc 1,72.78). La repetida exhortación de Dios en el A.T.: «Sean santos, porque Yo soy santo» (Lev 11,45; 19,2; 20,26)), Lucas la entiende así: «Sean misericordiosos, como es misericordioso el Padre de ustedes» (Lc 6,36).

El amor de Dios hacia el ser humano toma la forma de la misericordia, porque el ser humano está en estado de perdición, a causa de sus pecados, y necesita ser salvado. Cuando el ser humano considera que él es autosuficiente y que no necesita de Dios para su plena realización, entonces la misericordia pierde sentido para él. La autosuficiencia y la misericordia son excluyentes. Es lo que vemos en nuestro tiempo, que difícilmente grita: «Señor, ten misericordia de nosotros». Tal vez un síntoma de esa actitud es el hecho de que nuestro leccionario, en las lecturas del Antiguo Testamento, haya eliminado la palabra «misericordia», en el trato de Dios con el ser humano, y la haya reemplazado siempre por la palabra «amor». Es cierto, Dios ama al ser humano; pero su amor a nosotros adquiere la forma de la misericordia, como lo declara San Pablo: «Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos ellos de misericordia» (Rom 11,32). Esos diez leprosos reconocían que necesitaban ser salvados y, por eso, imploran misericordia. Ellos nos instruyen sobra la actitud que todos debemos tener ante nuestro Dios «rico en misericordia» (cf. Ef 2,4).

Esos hombres creyeron en la palabra de Jesús y se pusieron en camino hacia los sacerdotes, cuando todavía estaban cubiertos de lepra. La acogida de la palabra de Jesús les valió la curación: «Sucedió que, mientras iban, quedaron limpios». ¡Quedaron limpios los diez! El lector quisiera saber cómo reaccionaron

los diez al verse curados de la lepra. Pero se nos informa de la reacción de uno solo: «Uno de ellos, viendose curado, se volvió glorificando a Dios en alta voz; y postrandose rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba gracias; y este era un samaritano». La glorificación de Dios es la respuesta a la misericordia divina. Es otro de los temas más queridos de Lucas. Los pastores que fueron a Belén y verificaron lo anunciado por el coro de ángeles sobre el nacimiento del Salvador «se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho» (Lc 2,20); el paralítico a quien Jesús perdonó sus pecados y lo curó de la parálisis, «se fue a su casa glorificando a Dios»; en esa misma ocasión «el asombro se apoderó de todos, y glorificaban a Dios» (Lc 5,25.26); cuando Jesús resucitó al hijo único de la viuda de Naím, «el temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios» (Lc 7,16); la mujer encorvada a quien Jesús sanó, «al instante se enderezó, y glorificaba a Dios» (Lc 13,13); … podríamos seguir. «Glorificar a Dios» es la actitud del ser humano que ha sido objeto de la misericordia de Dios. La glorificación suprema de Dios es la que le dio su Hijo Jesucristo y nosotros nos asociamos a ella en la celebración de la Eucaristía. La escasa participación en la Eucaristía dominical es otro síntoma de que el ser humano no siente la necesidad de la misericordia de Dios y, por tanto, no ve motivo para glorificarlo.

La proporción de los que reconocen la misericordia de Dios, lo glorifican y le dan gracias es uno de diez. Jesús concede su misericordia porque así es Él y no para recibir algo en cambio. Pero le duele la ingratitud de los nueve y prefiere creer que no han sido curados antes que verificar su falta de gratitud. Por eso, lo hace notar: «¿No quedaron limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?». Sobre todo, duele a Jesús la ingratitud, que le impidió dar a esos otros nueve el don supremo que dio a este único: «Levantate y vete; tu fe te ha salvado». Esta es a sentencia que todos escucharemos de labios de Jesús en la medida en que reconozcamos que por misericordia hemos sido salvados y demos gracias por este don que supera todo lo que podamos imaginar.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles